

era muy mala; pero como ya os he dicho, aquellas dos hermanas mayores nos habian tratado siempre con algun desden, prevalidas de la fortuna que habian heredado de su madre. Les disgustaba tener parientes pobres en Voiron.

Me hizo un buen recibimiento, ofreciome de comer y de beber y hasta dió orden de que me hicieran la cama en el granero para que durmiese con la criada.

—El caso es que tenemos hijas—me dijo en conversacion amistosa—hijas que estarán pronto en estado de casarse; tú sabes lo que dicen de tí en el país: á mí nada me importa, te creo honrada. Pero, con todo, si viesen á mis hijas con una mujer mala ¿qué no dirian? Por otra parte, tus negocios están en mal estado, la justicia te lo ha vendido todo en pública subasta; lo cual perjudica al crédito, y mi marido está en el comercio ¿comprendes? No puedes quedarte para siempre aquí, y si te hemos de tener algunos dias, ha de ser á condicion de que no se sepa por el pueblo. En cuanto acabé la semana será preciso buscarte colocacion lejos de aquí; entonces te daremos para que hagas el viaje.

Entendí á mi hermana y no la condené; cada uno mira por sus hijos. Me era sensible lo que hacia, pero era justo. La dí gracias, cené con la familia al extremo de la mesa, y fui á acostarme con la criada, despues de haberla ayudado á limpiar la casa y á guardar las servilletas.

LXXXIV.

Ya no tenia inconveniente en ponerme á servir á uno ú otro; por el contrario, estaba acostumbrada á ello y hasta me gustaba servir, aunque fuese de balde. Carecia de orgullo y no me asustaba el trabajo. La dificultad consistia en que, ¿quién me habia de recibir en Voiron, donde mi fama era tan mala? ¿Y no teniendo certificaciones, quién, tampoco en ninguna otra parte, á una pobre muchacha, que la habia ocurrido una desgracia, que habia espuesto un hijo en el torno de la inclusa, que habia estado durante dos meses en las cárceles de Lyon?

Era el caso, que solamente una persona, en todo Voiron, podia darme en conciencia un certificado de buena conducta; mientras que, aquella persona necesitaba para sí el certificado en mi asunto, y solamente yo se le podia dar: hablo de la comadre, ¡de la tia Belan! ¡Para que se vea lo que es el mundo! De las dos se tenian sospechas, y solo nosotras podiamos certificar la una de la inocencia de la otra. ¡Dios mio, hasta qué extremo es esta vida una madeja enredada!

Esta reflexion escitó mi risa, á pesar de lo muy enternecido que me tenia la posicion dificultosa de aquella pobre muchacha.

LXXXV.

De cualquier modo que sea, me digo á mí misma al despertar, iré á casa de la comadre.

Y lo cumplí antes de que por la calle anduviera gente.

La tia Belan me dió una certificacion de que yo era buena y honrada, de que no habia hecho nunca daño á nadie, y, por fin, de que merecia la confianza de todos y de cada uno, ya para desempeñar los trabajos de la cocina, ya para el arreglo de la casa, ya para cuidar de los niños; y firmó. No estaba bien escrita ni en papel fino, pero lo hizo con buena intencion, y no contenta con esto, luego que hubo concluido, fué á su armario y me obligó á aceptar quince francos en dinero que tenia, y uno de sus mejores pañuelos del cuello, para que cuando fuese á presentarme á las casas lo hiciera mas decente.

—Me lo volveréis,—me dijo,—cuando lo hayais ahorrado de vuestros salarios.

—¡Aun se lo debo, señor! Verdad es que tambien añadió:

—Si no podeis pagármelo ¡no importa! me lo pagareis en el paraiso.

LXXXVI.

Mi hermana por parte de padre me dió tambien alguna ropa y dinero para mi viaje y ya entonces me dirigí en busca de coloca-

cion á Grenoble. La comadre me habia dado recomendacion para una de sus amigas que ejercia allí el mismo oficio que ella en Voiron; en su casa, durante algunas semanas, estuve sirviendo por solo la comida. Pero luego la profesion de aquella mujer, la vista de las que parian y los llantos de los recién nacidos en la casa, me recordaban de tal modo y tan continuamente á mi pobre hermana y el origen de nuestra desgracia, que no podia acostumbrarme á ello. Tuve, pues, que despedirme de buena ó de mala gana, al ver que no hacia mas que llorar y estaba á punto de caer enferma. Una pobre señora, viuda de un tendero, que tenia una linda señorita de diez y seis años, me recibió para la cocina y para hacer las camas y enseñar á hacer encaje á su hija: me daba diez escudos de salario al año, doce varas de lienzo, y dos delantales el día de año nuevo. La madre era honrada, pero desconfiaba de los demas; venia conmigo al mercado á ver si regateaba bien, y para asegurarse de que no me quedaba con cosa alguna de lo comprado. Esto me ofendia.

En cambio, la señorita era tan bella, tan graciosa, tan afable, tan complaciente, que me consolaba de todo. Apenas concluía mi tarea en la cocina, que no era larga, cuando me ponía á trabajar con ella en la sala, y allí estábamos todo el día, mientras su madre andaba charlando de casa en casa con sus antiguas conocidas. Al cabo de tres meses parecíamos hermanas. Me representaba á Pepita, y esto hacia mi felicidad, tanto que hubiese permanecido en aquella casa por toda mi vida!

Pero cuando mas nós queríamos, cuando habia llegado la niña á prometerme que me llevaria consigo el día que se casase, para no separarnos nunca, sucedió que un mercader ambulante de mi pueblo, al que yo no conocia ni de vista, por mas que él me conociese á mí, entró con su saco de lienzo á la espalda á vender géneros á la señora.

Me hicieron ir á la bodega en busca de un vaso de vino, para dar de refrescar á aquel hombre despues que le pagaron, porque habia pedido como parte del precio, un trago que beber y algo

que comer. ¡Ah, infame! no le quiero mal; pero mejor hubiera hecho en refrenar su lengua, y no ir á causar la perdicion de una paisana por solo el gusto de murmurar.

Quando volví con la botella en la mano, advertí que aquel hombre hablaba en secreto con las dos señoras; se callaron al verme entrar, pero observé no se qué de extraordinario y de sospechoso en el semblante de la madre y de la señorita. La madre estaba irritada y la hija alligida. No me hablaron con el mismo acento de voz, ni me miraron con los mismos ojos, ni me llamaron, como de costumbre, á la sala para trabajar con ellas. Pasé una noche zozobrosa examinando en mi conciencia lo que podia haberlas disgustado. Por la mañana vino la señora á la cocina, y me dijo:

—Aqui teneis vuestra cuenta. Sois harto descarada cuando asi os atreveis á entrar en una casa de honor, despues de haber hecho lo que nos ha contado de vos el mercader de lienzo. Disponed vuestro lio en mi presencia, para que me cerciore de que no os llevais nada que no sea vuestro, y salid al punto!

¡Ah! mi lio abultaba bien poco, cabia en una de mis medias. No tuve ánimos para responder, y entré á mi cuarto en busca de los zapatos. La señorita vino en secreto á despedirse de mí, lloró al separarse, pero no sin haber dejado caer antes en el bolsillo de mi delantal un escudito.

Fuí de puerta en puerta, buscando acomodo por toda la ciudad; pero todos me decian:

—¿En dónde habeis estado antes de ahora?

—¿Teneis quién os abone?

—¿Traeis algún certificado de vuestras señoras?

—Nos informaremos.

Y si volvia por la tarde ó al día siguiente, me decian:

—No necesitamos criada.

Yo entonces me iba enjugando las lágrimas con la punta del delantal.

Por último, la mujer del zapatero de aquellas señoras consintió

en tomarme á su servicio, para que cuidase de sus hijos y ribetease los zapatos en la tienda. Me daba en pago la cama y la comida, y cuatro cuartos por par de zapatos. Pero yo tenia hartos con que el zapatero y su mujer no me despreciasen y me dijese algunas veces:

— Todos cometemos faltas; y sin embargo, no hay una razon para que ninguno desprecie á otro. Por otra parte, los niños están bien cuidados, los zapatos bien ribeteados, y nunca se oye en la tienda sobresalir el metal de vuestra voz; con que permaneced aquí todo el tiempo que querais; á nosotros no nos importa teneros en nuestra compañía.

— Sí; es cierto, no les causaba algun reparo el tenerme consigo; pero quereis creer que la demas gente les criticaba este acto de caridad? Mi antigua señora principió por dejar de ir á calzarse ella y su hija á casa de mis amos, y despues hizo que imitaran su ejemplo todas las amigas, á las que decia:

— No he visto insolencia ni despreocupacion como la de esa gente; admitir en su casa á una vagabunda que ha engañado la confianza de una familia honrada como la nuestra, al salir de la cárcel por tales y cuales cosas!

Por mil cosas horribles de que me creian capaz, como, por ejemplo, de haber querido abandonar y tal vez hasta de hacer un asesinato con un niño!

En fin, cuando ví lo que pasaba, y que la caridad de la zapatera lo ocasionaba todo, y que el trabajo y el pan se iban amenorando por culpa mia en la tienda, creí ya que no debía perjudicar á nadie, me despedí de la zapatera y de su marido, besé á los niños, y me marché de noche á fin de que nadie me viese salir de la ciudad. La zapatera me habia entregado una carta para la mujer de un vecino de Lyon, á quien habia servido siendo jóven. En ella le decia que yo era juiciosa, discreta, de buenas costumbres, y en cuanto á trabajadora no habia que hablar; por lo que la suplicaba encarecidamente, que, si alguna de sus amigas necesitaba criada, hablase en mi favor.

## LXXXVII.

Esto produjo el resultado que se apetecia; puesto que al dia siguiente de haber llegado á Lyon, la hija de aquella señora, que acababa de casarse con un fabricante de Tararé, me recibió y llevó consigo á una casa de campo que habitaba cerca de aquel arrabal. Esperimenté un placer indecible viendo montañas, bosques, prados, talleres de tejedor, y lienzo puestos á secar sobre la yerba, exactamente lo mismo que los veia en Voiron desde las ventanas de la casa de mi madre.

Durante tres años permanecí tranquila y bastante contenta en aquella casa. Los señores, por su parte, no me trataban mal, solo tenia que sufrirles los efectos de un poco de avaricia, que es lo que sucede en casa de la mayor parte de los mercaderes. Sin embargo, estaban bastante bien; pero no parece sino que la bolsa es hidrópica, que cuanto mas hinchada está, mas quiere tragar. La razon de que me quisiesen mis amos, era que apenas les pedia salario, que comia poco, y, despues de esto, que hacia cuanto habia que hacer en la casa, á tal extremo, que atendia á la cocina, cuidaba de la señora y de sus dos hijos, regaba la huerta, lavaba la ropa, y echaba el pienso al caballo del señor; pues habia un caballo para tirar de la tartana en que llevaba á vender sus lienzo. ¡Pobre animal! ¡Tambien le escaseaban el alimento! ¡Si no le hubiese llevado muchas veces á escondidas, los desperdicios de la cocina y los tronchos de la ensalada, habria llegado el caso de comerse su pesebre. Pero yo queria aquel pobre animal! Apenas me oia hablar ó andar por el patio, principiaba á relinchar en la cuadra, y cuando le abria la puerta fijaba en mí sus ojos, manifestando tanto cariño como una persona. Consecuencia de aquella miseria de los amos para con los animales, y del cariño que yo les tenia, fué mi última desgracia, y luego mi felicidad. Voy á contaroslo; os vais á reir... pero, sin embargo, es cierto; ¿qué quereis? El corazón es causa de que se cometan muchas faltas.

## LXXXVIII.

Existían en el establo, además del caballo á que echaba pienso, dos ó tres ovejas que pacían durante el día, mientras los lienzos estaban recogidos. Porque habeis de saber, que el señor y la señora no querían que se quedase sin aprovechar la poca yerba medio podrida, que nacia bajo las húmedas telas. Cuando llegaba el invierno, se vendían aquellas con sus hijitos al carnicero, después de haberlas trasquilado para utilizarse de la lana, evitando de este modo el gasto de alimentarlos en la mala estación.

Una de estas ovejas parió por San Martín, que es á 11 de noviembre, y como no tenía más que ocho días la cria, cuando se vendió la madre, hubo de quedarse sin vender en casa. La di leche de vaca en la palma de mi mano, y la crié como se cria á un niño sin nodriza. Aquel pobre animal me tomó el mismo cariño que una persona. Ya se sabía, no estando á mi lado, bien fuese en la cuadra, en el patio ó en el jardín, no cesaba de balar; de tal modo, que para que callase, tenía que permitirle la entrada conmigo en la cocina, en donde se acostaba al lado del perro ó entre sus patas, aproximado al fuego; no estaba quieto sino cuando yo ó el perro le teníamos á nuestro lado. Este, particularmente, le tomó tanto cariño, que no dejaba de dar aullidos en su covacha hasta que le llevaba el cordero. Le hacía un lado en la paja, y los dos animales se ponían á jugar y se dormían juntos, espectáculo que me causaba placer y lástima al mismo tiempo.

Acaso os parezca exageración; pero cuando había envuelto ya la lumbre con la ceniza, y los señores habían salido, iba yo misma á sentarme en la covacha del perro, con los piés al sol, y me estaba haciendo calceta entre los dos animales. Somos tan tontos, que en cuanto á mí, puede decirse que me creía dichosa en medio de dos animales cariñosos. Percibía su aliento y el calor de sus cabezas sobre mi cuello. En fin, pido perdón á Dios, pues dicen que se debe creer que los animales no tienen alma (y yo creo que esto

no se le ha ocurrido á nadie más que á los carniceros y carreteros); pero la verdad es que cuando me fijaba bien en sus ojos, parecía-me que veía detrás un pensamiento asomado á la ventana, lo mismo, precisamente, que notaba en los míos cuando me miraba al espejo. De todas maneras lo mismo da, Dios sabe la verdad; á mí no me importa eso.

Lo cierto es, que aquel perro y aquel cordero hacían mi sociedad, mi familia y mi consuelo. ¿Qué quereis? Cada uno toma sus placeres donde los encuentra.

## LXXXIX.

—Pero...—dijo Genoveva interrumpiéndose,—no os he dicho cómo era el perro.

—Seguramente,—la contesté,—manifestádmelo; pues ya sabéis que los quiero mucho.

—Mirad, no era un perro señorito, como el vuestro, que bien habreis observado que en los perros hay también distintas categorías como en los hombres; perros mendigos, perros trabajadores, perros ciudadanos y perros señores; se dan á conocer por su piel como nosotros por el vestido; la razón la ignoro, es un misterio, pero sucede así.

—Eso denota, Genoveva, que habeis parado mucho vuestra atención en los animales. Dios los ha formado para todas las profesiones. El alimento y la habitación en nada los cambian: son lo que son. Ved un perro noble en casa de un plebeyo, y un perro plebeyo en casa de algún noble. No se engañan el uno al otro cuando se miran, se reconocen por lo que son, tanto mejor cuanto que carecen de vestidos que les disfracen. Son soberbios ó humildes, según su categoría; se causan envidia ó respeto lo mismo que nosotros. Toda la naturaleza se compone de la misma pasta. Pero ¿no me decís á qué clase pertenecía vuestro perro?

—No era grande ni chico, gordo ni flaco y se llamaba *Lulú*; venía á ser una especie de perro-lobo; tenía el hocico algo puntia-

gudo, los ojos grises y vivos, los dientes cortos y blancos, los labios encogidos como si quisiera reirse, voz agradable y algo sentida cuando estaba atado á la cadena, dos orejitas tiesas, agudas, siempre levantadas, y que movia á un lado y á otro como las aspas de un molino de viento, para oirlo todo.

Su cola poblada de lana como la de una zorra, era recta por su estremidad, pero por el medio se torcia con el peso de un pelo muy largo y abundante. En lo demas del cuerpo su pelo tambien era largo y fino al tacto, como las estopas bien peinadas por el cardador, y en tal abundancia, que cuando le hacia fiestas se hundia en él toda mi mano, dejando marcados todos los dedos al retirarla, como se señalan los piés en los prados de yerba alta. Y aunque os he dicho que era un perro campesino, habeis de saber que queria parecerse á los ciudadanos, era, con corta diferencia, como el del señor cura que veis allí tendido en su cama.

## XC.

Si por una parte la casa era triste, melindrosa la señora, el señor brutal, el salario escaso, y el trabajo penoso, por otra el perro y el cordero, me acompañaban por el día en el establo ó en el corral, y por la noche en la cocina, resultando que su sociedad me hacia tener apego á aquel sitio. Se me figuraba que éramos parientes, y que si un día llegaba á despedirme de mis amos, aquellos animales quedarían sin tener quién los comprendiese, y á mí me faltaria toda conversacion y amistad en la tierra. Casi estaba persuadida de que eran míos por derecho de costumbre y de cariño, mucho mas que de los amos, pero, esto no obstante, me habria librado bien de robarlos, en razon de que no los daba yo el pan, sino la casa. Por todo esto, si bien es verdad que no estaba contenta allí, tampoco pensaba en salirme. La idea de separarme para siempre del perro y del cordero, no llegó á pasarme nunca por la imaginacion. El mundo, entonces, se habria convertido para mí en un desierto.

El perro y el cordero dormían juntos al pié de mi cama; lo cual me proporcionaba el inmenso placer de encontrarme todas las mañanas, al despertar, con aquellos cuatro ojos que me miraban cariñosamente. Pero en cuanto me habia levantado, el perro iba á ocupar su puesto en la puerta del corral ó en su covacha, y el cordero, siguiéndome de la cocina al establo, del establo al horno, del horno al granero, subía y bajaba tantas veces como yo las escaleras, y no se separaba de mi lado mas que mis zapatos.

Sobre el perro no habia recaído sentencia de muerte, porque guardaba las telas y no comia mas que los huesos y los desperdicios; pero el cordero disgustaba á los amos, porque se alimentaba de heno, pan y yerbas. Me regañaban frecuentemente por culpa suya; unas veces se habia comido una ensalada, otras vertido la sal, otras comenzado á roer un pedazo de pan. Y la señora siempre estaba diciendo:

— Hay que esquilarse y venderle por San Martín; no podemos mantener sin mas ni mas un animal, que engorda sin dejar ningún producto.

¡ Ah! la economía se sobreponia en aquella casa á la compasion, á cualesquiera otras consideraciones, no tenia ojos ni oídos; todo debia producir algo. Y el pobre cordero, despues de su lana, no tenia otra cosa que dar mas que su cariño hácia mí; lo cual no habia entrado en las condiciones de mi ajuste.

## XCI.

— ¡ Está bien! — dije un día á la señora, — supuesto que vuestra enemistad con el cordero proviene del pan que come, yo le mantendré si quereis, á costa de mi salario. Descontad doce francos de los treinta y seis que me dais al año, y no hay mas que hablar. Vos os aprovechareis de su lana y yo de su amistad, quedando todos satisfechos.

Los señores echaron sus cuentas con los dedos, empezaron á reir y dijeron:

— Estamos conformes.

Desde aquel día quedó reducido mi salario á veinticuatro francos; pero el cordero comió conmigo al pié del banco y en compañía del perro. Ya no hubo en qué tropezar hasta que llegó San Martín.

Sin embargo, una tarde en que yo habia ido á ordeñar la vaca y me dejé un momento la jarra de la leche á la puerta del establo, aquel maldito de cordero ve la leche, mete la cabeza en la jarra y empieza á beberla. Con dificultad se beberia valor de un ochavo; pero en aquel momento abre la señora la ventana, que caia enfrente, y empieza á gritar con tanto ahinco, como si la hubieran bebido oro en su faltriquera. Corro, sacudo al cordero, pido perdon á los señores por lo que habia hecho el animal, espongo que la culpa la tengo yo en haber dejado la leche en tierra; mas todo es en vano. Desde aquel instante empezaron á mirarnos de sobre ojo al cordero y á mí. Nos acechaban como á dos ladrones, nos daban el pan con tasa, pedian cuentas de los desperdicios; suponian que los tronchos de la verdura destinados á la vaca se los daba al cordero; en fin, ya no tuve sosiego ni paz en la casa. Algunas veces lloraba acariciando al pobre animal; y este parecia comprenderme, y aun mirar con tristeza, poniendo su cabeza sobre mi delantal y fijando en los míos sus tiernos ojitos.

## XCII.

San Martín se acercaba. La señora y el señor estaban refunfuñando continuamente sobre que yo descuidaba los intereses de los amos por atender á los animales; decian que tenia el corazón demasiado bueno; que solo trataba de dar gusto al perro y al cordero; que era preciso sujetar al uno en la cadena todo el día, y vender al otro antes que pasasen ferias, pues luego ya no se venderia tan bien. Hice la proposicion de quedarme con él, dejando todo el salario que me correspondia de aquel año para rescate de mi pobre amigo. Pero me contestaron que tambien seria este un mal negocio, porque le permitia hacer destrozos en la huerta y en la co-

na. Entonces trataron una conspiracion, que me hace estremecer todavía al haber de referiroslo.

## XCIII.

Un sábado por la tarde, cuando ya habia concluido mi faena, estaba entretenida en componer mis calcetas en mi cuarto, sin acordarme del cordero ni del perro, á quienes habia dejado tendidos juntos en la covacha de este último, de repente oigo un gran ruido debajo de mi ventana, pasos precipitados, el cordero que bala, el perro que aulla y rechina los dientes. Arrojo la labor; me asomo á la ventana y veo á un hombre, con las mangas de la camisa remangadas, con un delantal atado á su cintura y un gran cuchillo en su mano derecha, teniendo asido por la izquierda por el cuello al cordero, y esforzándose en sacarle del cuarto del perro, que hacia lo posible por defender á su amigo con la voz y con los dientes. Doy un grito para detener al carnicero, el que no me escucha, antes al contrario, furioso porque el perro le habia mordido, clava el cuchillo en el pescuezo del cordero, á mi vista y sin hacer caso de mis gestos ni de mis chillidos. ¡ Ah! aquello me hizo la misma sensacion que si hubiera presenciado un crimen, y me pareció ver que inmolaban á un cristiano.

Pero en medio de aquella terrible lucha cayó derribado por el suelo el hombre, y habiendo soltado el cuchillo que acababa de clavar en el cuello del animal, no pudo impedir que el perro y el cordero saltaran por encima de su cuerpo, y se precipitaran instintivamente en la cocina, cuya gran puerta estaba abierta para venir á refugiarse á mi lado. Los dos treparon por la escalera y se echaron debajo de la cama, junto á mis piés, como para salvarse de su asesino. ¡ Pobres animales! ¡ Tenia que ver cómo me miraban y hasta qué punto parecian implorar mi proteccion! Tambien yo me metí debajo de la cama, á fin de sacar el cuchillo del pescuezo del cordero, el cual me alargó la cabeza y se estuvo quieto durante la operacion, como si conociese que queria salvarle y no hierirle. Pero no bien hube sacado la hoja de acero cuando brotó á chor-